

cuarto alto, cuya ventana tenía reja, la puerta bastantes cerrojos, y le dejaron entregado á sus reflexiones y á aquellos sueños de amor que tienen el poder de ocupar á un joven hasta el último latido de su corazón.

Al día siguiente el marqués se levantó temprano. El corto esceso de la víspera le había hecho necesario el aire fresco de la mañana. Quiso salir del castillo y visitar su parque arruinado, cuyas paredes se caían por todas partes y exigían una pronta reparación. ¿Sin paredes como hacer que un parque tenga caza? ¿Cómo garantirla de los matuteros? El dote de la señorita Ida de Roca Aguda debía venir en auxilio de este necesitado marqués. El retrato de su novia le trajo á la memoria su aventura de la víspera, el caballo muerto, su combate de *boxador*, su victoria, su convidado, y por último, su prisionero.

—¿Qué diablos voy á hacer yo de él? pensó, ¿será preciso abrir la jaula de este mal sugeto? ¿Qué apariencia!

Por otra parte el marqués se reprendía una escetricidad al menos muy inconveniente. Había tenido la imprudencia de sentar aquel tunante á su mesa, aceptarle por huésped y tocar su vaso con el suyo. ¿Era posible que el anfitrión de la víspera fuese el juez y aun el verdugo al día siguiente?

Lleno de estas ideas atravesaba el marqués una pequeña galería que dirigía á una puerta dando sobre el parque: se cruzó con miss Betzi. La joven vestida con el cuidadoso aseo de una *quakera* permaneció toda cortada cuando vió á su señor: vaciló y pareció dispuesta á desandar su camino: el marqués se dirigió derecho á ella.

—¿Ya levantada, hermosa niña? le dijo, ¿dónde vais á ir?

La contemplaba con admiración: aquel rostro afable y tranquilo le seducía.

—¿Cuántas gracias, cuánta inocencia en aquel dulce rostro! pensó. La señorita Raucourt es una Tisifone al lado de miss Betzi. Ese pudor de sensitiva la domina sobre la altiva belleza de la señorita de Roca Aguda.

En efecto, la joven parecía temer detenerse al lado del marqués. En lugar de responder, murmuró algunas palabras y pasó rápidamente.

—Es una gacela asustada, se dijo el marqués: es mas linda todavía de lo que yo me creía.

Y el caballero se culpó de no haber cazado en sus tierras, en lugar de entregar su fortuna á los caprichos ruinosos de una fantástica trágica. La señorita Ida de Roca Aguda no le hubiera perdonado jamás los singulares pensamientos que llenaron su cerebro si hubiera podido sospecharlos.

—Vamos, vamos, se dijo, abriendo una puerta que conducía á su parque: es preciso arrojar todas estas ideas; casarse con la señorita de Roca Aguda; pagar á sus acreedores y en cuanto á esta niña..... ya veremos mas tarde.

Las costumbres del momento autorizaban demasiado este modo poco moral de arreglar de vida.

El parque se hallaba tan mal cuidado como la misma cerca: las leñas muertas obstruían las calles; la arena mezclada á la tierra vegetal dejaba penetrar plantas parásitas y á cada paso se enredaban los pies del marqués en las zarzas; empero todo esto no ocupaba al matutino paseante que así que desapareció de su vista Betzi, volvió á ocuparse de Roberto Davidson, llamado *The-Flu* (la mosca).

—¿Qué diablos haré yo de él? se repetía.

SEGUNDA SERIE — 1857.

Hacia esta reflexion penosa y tardía, cuando un ruido de hojas pisadas por un pie humano le hizo levantar la cabeza. Su prisionero se hallaba delante de él. El marqués dió tres pasos atrás.

—¡Vos aquí! le dijo: preciso es que seais una mosca para haberos escapado de mis criados y haber saltado los fosos.

—Ya lo veis, señor marqués, un momento basta en este mundo para cambiar nuestra posicion. Dios protege á los buenos. Una hora hace que me estoy paseando en vuestro parque.

—Pues bien, replicó el marqués, tanto mejor. A la verdad, yo no sabía que hacer de vos: habeis partido el pan conmigo y hubiera sido muy duro haceros ahorcar.

—No esperaba yo menos de vuestra cortesía, señor marqués; pero ya veis que es inútil.

—Está bien, muchacho; pero al menos desearia saber cuál de mis criados ha tenido compasion de vos. Venis á dar gracias de mi cena, eso es muy político..... Ahora, alejaos, añadió el marqués, que no tenía muchas ganas de verle en su compañía.

—Aunque la cena bien merezca las gracias, dijo Roberto, no es eso lo que aquí me trae.

—Vamos, ¿qué tienes que decirme? Acabemos.

—Vengo, señor marqués, á ajustar nuestras cuentas.

—¿Nuestras cuentas? ¡Insolente!

—Sí, habeis muerto mi caballo, me habeis echado al suelo, me habeis hecho prisionero, me habeis amenazado con ahorcarme..... Ya era tiempo de que á mí me tocasse. Tengo el retrato de la señorita de Roca Aguda.

El marqués estupefacto echó mano al bolsillo de su gran chupa: el retrato no estaba allí: quiso lanzarse sobre el ladrón: pero Roberto parecia tener alas, y no necesitó mas que tres pasos para ponerse fuera del alcance de su antagonista.

—Perdeis vuestro tiempo en perseguirme, señor marqués. Si habeis tenido la ventaja sobre mí á puñetazos, mis pies son mas ligeros que los vuestros.... Con que tengo el retrato de vuestra novia, y para deshacerme de él ventajosamente, no tengo mas que una palabra que decir. Tres personas darán por él el precio que yo pida.

—¿De veras? ¿Y quiénes son esas tres personas?

—La señorita de Raucourt, por una vanidad de act estará celosa por tener el retrato de una futura marquesa, A la señorita de Raucourt le gustan mucho los diamantes; y estos, añadió Roberto agitando el retrato cuyo cerco brilló á los rayos del sol naciente, estos serán pagados por lord Pembrock.

—¿Sabeis esto, Roberto? dijo el marqués un poco confuso.

—Sí, señor marqués. La segunda persona que pagará este retrato muy caro, si se lo presento diciéndola que lo tengo de alguna muger de vuestro conocimiento, será la señorita de Roca Aguda: por amor propio lo pagará muy caro. En fin, vos, caballero, vais á darme mucho dinero por interés.

—¡Miserable! exclamó el marqués; tienes cómplices entre mis criados, es seguro: sino, ni tendrías ese retrato, ni te hallarías libre.

—Vuestros criados, replicó Roberto, me creen encerrado bajo cien cerrojos que corrieron ayer á mis puertas. Y

AÑO XV. 5.

en cuanto al retrato, lo tenía ayer noche antes de haber concluido de cenar.

Mr. Villiers quiso portarse como un caballero.

—Arreglémonos, dijo á Roberto: vuélveme ese retrato y fija el precio que quieras.

Roberto se adelantó hasta tocar casi á Mr. Villiers, y le presentó el retrato.

—Señor marqués, dijo con un tono serio: yo he hecho ayer una locura, que al mismo tiempo era una mala acción, que ha estado á punto de costarme cara. Un dios me ha sacado de vuestras manos: un dios me ha vuelto á poner en el buen camino, que gracias al cielo no le he abandonado mas que una sola vez. Tomad vuestro retrato, señor marqués; vuestro es: yo no tengo derecho á disponer de él.

Y Roberto puso el retrato en las manos del marqués asombrado.

—Pero ¿quién es ese dios? preguntó éste cuyos ojos no podían desprenderse, no precisamente de la imagen de su futura, sino del brillante cerco que guarnecía el retrato.

Ese dios, respondió riendo Roberto *The-Fli*, es el niño dios que lleva un arco y un carcaj; es el amor, señor marqués.

Y ligero como un silfo, el jóven desapareció entre los árboles del parque.

III.

—¡El amor! se dijo el marqués metiéndose cuidadosamente el retrato en su bolsillo. ¿Estará este chalan enamorado de Raucourt, ó de la señorita Roca Aguda por ventura?... ¡Oh, no! No me hubiera amenazado entonces con vender este retrato.

Después llegó á pensar que aquel mozo era jóven; hermoso caballero, audaz, y que el precio de una veintena de hermosos diamantes, añadidos á la juventud y á la belleza, debían bastar para triunfar de la virtud de la señorita Raucourt. En esta suposición, ó Roberto había vencido su pasión y obedecido á la voz de la conciencia, ó lord Pembrock había ya desbaratado las tentativas de un rival menos rico que él. Porque suponer que Roberto Davidson, *The-Fli* se hubiese atrevido á alzar sus ojos hácia la señorita Roca Aguda, hubiera sido un absurdo.

El marqués entró en su casa para poner en seguridad un tesoro ya por dos veces comprometido, y allí le aguardaba un nuevo motivo de asombro. Su ayuda de cámara le entregó una carta.

—Señor marqués, le dijo; la señorita Betzi acaba de marcharse del castillo y ha dejado esta carta para el señor marqués. ¿Tiene el señor marqués alguna orden que dar para el prisionero? añadió el ayuda de cámara.

Era evidente que el culpable no hubiera sido ahorcado de las almenas del castillo, aunque el marqués fuese señor de horca y cuchillo en su territorio, habiendo tenido este derecho, ya en desuso, y aun abolido por recientes decretos, por lo cual ya no se ejercía. Las amenazas del marqués no eran una cosa seria. Todo debía haberse reducido á haber entregado á Roberto á los tribunales de Versalles.

—¿Quién llevará el prisionero á Versalles? preguntó el ayuda de cámara.

—Nadie..... Dejadme, respondió el marqués con mal humor.

Y se dirigió á su gabinete.

—¿Qué puede querermé miss Betzi? se decía el marqués. Me pide ayuda y socorro sin duda; encuentra tal vez en la vecindad galanes demasiado atrevidos.

El suponía que la jóven no se había marchado del castillo sino para un corto viage á París.

«Señor marqués, decía la carta, vuestra madre me ha recomendado al morir que me casase lo mas pronto posible y con un buen sugeto. En el momento mismo en que leais esta carta me caso con Roberto Davidson en la capilla del embajador de Inglaterra.

»Roberto es el hombre mas honrado que conozco. No ha cometido mas que una falta en su vida y acaba de repararla esta misma mañana. El hombre experimentado encuentra en su caída la fuerza necesaria para no volver á pecar.

»Ademas, después de Dios, ¿quién le perdonará sino soy yo? El amor solo le ha hecho culpable.

»Perdonad mi fuga, señor marqués. Por una parte creo obedecer las órdenes de vuestra difunta madre, mi señora, y por otra, Roberto y yo hemostemido que los sucesos de ayer no os hiciesen ver de mala manera nuestro matrimonio.

»Recibid, señor marqués, el afecto de vuestra muy humilde servidora

BETZI OLDSMITH.»

—¡Ya lo creo! exclamó furioso el marqués, á quien la imagen seductora de Betzi vino á encantar.... No: este matrimonio no se concluirá.

Salió corriendo de su gabinete el marqués; hizo ensillar un caballo y tomó á galope el camino de Versalles, del que se hallaba, como hemos dicho, poco lejos el castillo de Villiers. ¿Qué iba á hacer? No lo sabía.

Decíase que Roberto era un miserable, un ladrón de camino real, y que prohibía á Betzi casarse con él; pero en el fondo de su corazón conocía que Roberto no era un ladrón ordinario, pues que nada había robado, toda vez que voluntariamente había restituido lo que había tomado. Era ademas bastante buen mozo para inspirar amor á una muchacha como Betzi. El marqués estaba, pues, celoso é irritado: amaba á Betzi.

Sin preocuparse de la señorita de Raucourt, ni aun de la señorita de Roca Aguda, quería desde luego impedir aquel matrimonio, salvo el conciliar mas tarde su posición en el mundo y su amor con mis Betzi. Llegó jadeando á la puerta del embajador. Apenas se apeó del caballo el marqués, se halló en los brazos del conde de Versac, su tío.

—Muy bien, sobrino, le dijo éste abrazándole; muy bien haces las cosas.

—¿El qué? señor conde.

—¿Te has desembarazado de esa chiquilla de Betzi: acaba de casarse con un buen mozo, un inglés como ella; excelente sugeto. Sé todos estos detalles por el mismo embajador.... ¿De dónde diablos has desenterrado ese marido?

—¿Betzi casada? exclamó el marqués.

—Hace media hora, sobrino mio; y ya se ha marchado.

—¿A París?

—No: los dos mozos se han aprovechado de la proporción de una silla de postas de un agente de la embajada, y se hallan camino de Calais. Dentro de tres días estarán en Londres.

El señor de Versac se alejó sin que tuviese el marqués fuerza para desengañarle.

—Parece, se dijo, que mi matrimonio con la señorita de Roca Aguda está escrito en el cielo, y que si no soy feliz, al menos seré rico.

No fue ni lo uno ni lo otro. Se casó con la señorita de Roca Aguda, joven altiva, ambiciosa, pródiga, y aun un poco galante. Cansado de la conducta de su mujer marchó con el marqués de Lafayette; hizo la guerra de la independencia; y cuando volvió á París encontró disipada su fortuna y muerta su mujer. Resolvió vivir oscuramente en su castillo de Villiers, cual conviene á un gentil hombre arruinado, y casi desengañado de las ilusiones de este mundo.

—Estoy bastante cerca de Versailles, pensaba, para que el rey se acuerde de su servidor, y entonces todo irá bien. Me quedan todavía diez mil libras de renta: tengo tiempo de aguardar.

Apenas tenía el marqués treinta y cinco años. Entretanto la revolución se adelantaba á pasos agigantados. El rey perdía todos los días el poder de recompensar á sus servidores: tenía necesidad al contrario de ayuda y auxilio que le eran denegados. Comenzaba la emigración. Monsieur de Villiers no tenía ninguna gana de abandonar la Francia para arrojarle en la guerra civil, pero acababan de venir á buscarle espresamente para aconsejarle la huida: le convidaban á emigrar en nombre del conde de Provenza, y por complacer al conde de Artois: le enviaban rucas, y él se fastidiaba en su castillo. Juntó, pues, algunos cartuchos de lises, y se marchó á Londres. Una secreta inquietud le devoraba; un profundo fastidio se apoderaba de él: buscaba la causa sin encontrarla.

—¿Me habrán pegado los ingleses su *spleen*? se decía.

Al abrir su bolsillo encontró una de las causas probables de su tristeza: el bolsillo se hallaba casi vacío. Qui-so entonces regresar á Francia: era tarde: los bienes de los emigrados habían sido confiscados, y ellos mismos habían corrido peligro al volver á un reino que se transformaba en república. ¿Qué iba á ser de Mr. Villiers? Este era el caso de recordar las máximas filosóficas de Diderot, y poner en práctica las lecciones de Juan Jacobo. Resolvióse á ello el marqués; se decidió á trabajar para vivir. Este fué el buen lado de la emigración: cuando aquella nobleza infatuada con sus títulos y sus pergaminos, perdida de vanidad, y muelle y afeminada por el lujo se vió arrojada por la tempestad, desnuda y sola, sobre tierras estrangeras, la necesidad despertó sus instintos humanos, y se honró consagrándose al trabajo. Ya había sido hecha esta observación. Durante el día, Mr. Villiers daba lecciones de francés: por la noche tocaba el violin en las fondas, en los salones de baile, en todos los lugares de reunión y de placer donde los sonidos de su instrumento podían animar el baile y producirle algunos chelines. Le sucedió una vez entrar en una cervecería, no para tocar el violin sino para descansar y beber un vaso de cerveza. Se sentó, y con su instrumento siempre debajo del brazo, se hizo servir. Un obrero bastante bien puesto se llegó á él ofreciéndole

un vaso de Ginebra, y le rogó que le tocara una contradanza para hacer bailar á cinco ó seis muchachas cansadas de estarse quietas.

El marqués se puso en disposición de obedecer, cuando una criada llegó toda llorando:

—Nada de baile, si gustais, esta tarde: acaba de morir el señor.

—¡Hola! ¿con que ha muerto al fin? dijo el obrero: pues bien, no bailaremos.... Hay una viudita muy linda á quien consolar, y también con quien casarse despues de su luto, porque es muy rica.

Mr. de Villiers dejó su violin, que tenía ya en las manos.

—Siento la muerte de ese pobre hombre, dijo: sin embargo, llega muy á propósito para mí: me siento tan cansado que necesito reposo.

Y se instaló sobre su silla como un hombre decidido á dejar bailar sin violin las mas lindas muchachas de Londres.

—¿Y cómo, preguntó, se llama el sugeto que acaba de morir?

—Bien se vé que sois un francés, respondió el obrero: habeis entrado aquí sin mirar la muestra. *Roberto y Betzi*, caballero; *Moon's Stones*. Los diamantes de la luna.

—¡Roberto y Betzi! exclamó Villiers: Roberto Davidson, *The-Fli*.

—El mismo. ¿Lo conoceis?

—Nos hemos encontrado en otro tiempo.... en Francia.

—¿Y conoceis á mistress Davidson?

—¿Miss Betzi Oldsmi? Se ha alojado en mi casa en otro tiempo.

—Una muger muy hermosa, caballero, hoy una viuda de veinte y ocho años. Su cerveza es mejor que la de Vurton: la casa está bien acreditada.

—¿Pero ese Roberto era joven?

—Treinta y dos años.

—¿Y de qué ha muerto?

El obrero inglés señaló con el dedo su propio vaso todavía medio lleno de Ginebra.

—Si Roberto no hubiese bebido mas que su excelente cerveza todavía estaria lleno de salud y de vida; pero unia á ella esta *ruina azul* que aqui veis; y esta le ha matado.

Pagó su escote Mr. de Villiers, y salió de la cervecería. Sobre la puerta vió una muestra en la que brillaba un cerco de *strars*, diamantes, y en medio una mosca volando. Todo esto no le chocó de ningún modo: solo la imagen de Betzi se apoderó de su imaginación. Despertóse su amor con una extrema violencia, y necesitó muchos esfuerzos para no subir inmediatamente á la habitación de la nueva viuda.

La certidumbre de no ser recibido en semejante momento le decidió únicamente á volverse á su casa, bastante distante. No sentía ya mas cansancio: el sueño se alejó de sus párpados. Si se recuerda que diez años antes la vista solo de miss Betzi había hecho flotar en la imaginación del antiguo guardia de corps los principios de igualdad del siglo XVIII, y que á punto de casarse con la rica señorita de Roca Aguda había creído encontrar entonces la felicidad al lado de su ama de gobierno Betzi, se hallará muy natural que su amor adormecido, despertándose ahora, quisiese acercarse á la joven viudita. Sin embargo, todo

había mudado de posición, y el medio en que vivía: nada más desemejante que las costumbres de Londres á las de París. No era posible proponer á la viuda Davidson uno de esos compromisos equívocos que suponen por una parte una gran fortuna, y por otra, una culpable ligereza. Un secreto pensamiento hacia conocer á Mr. de Villiers que Betzi tenía demasiado principios fijos para consentir en semejante proposición. Además, ¿no había pasado ya para él la edad de agradar á las mugeres? Pues bien: ¿haría de Betzi una marquesa, se casaría con ella? Suceder á Roberto Davidson, *The-Fli*, casarse con la viuda de un hombre que había él preso en un camino real.... era desagradable: ¿sería posible? ¿No se espondría á una humillante negativa? Porque en fin, ¿quién era él? Un emigrado sin recursos, reducido á explicar las reglas de la sintaxis francesa á los mancebos de tiendas de la *Cité*, y hacer bailar á los marineros borrachos, y Betzi era rica: aquella cervecería de que era la dueña, representaba una considerable suma, y producía una cierta renta. Mr. Villiers dejó pasarse muchos días: después escribió á Betzi para anunciarle su visita: por último, se presentó en casa de la viuda. La encontró más hermosa todavía que en París. Sus facciones, siempre tan frescas, tenían alguna cosa de más pronunciadas, y una ligera gordura daba á su color más brillo y más gracia á su modo de andar. Después de los primeros cumplidos, aquellas dos personas vinieron á hacerse confidencias. Contó el marqués su desgraciado matrimonio, y su emigración que le privaba de toda su fortuna, y confesó sin rodeos que le reducía al extremo de tocar el violín para vivir.

—Pero, añadió, si he perdido mi fortuna también he perdido mi mujer, y soy muy feliz con estar libre.

A esta noticia las mejillas de la viuda se cubrieron de un rubor de que se hubiese indignado la sombra de Davidson *The-Fli*, si las sombras fuesen capaces de ver lo que pasa en este mundo. Tocaba hablar á la viuda: esta comenzó su historia en estos términos:

El marqués de Villiers escuchaba con ansioso oído la relación de *Miss Davidson*.

—He sido educada, dijo, en el mismo Londres, con el desgraciado cuyo nombre llevo; y cuando vuestra difunta madre me llevó á Francia, Roberto Davidson y yo nos habíamos jurado veinte veces ser el uno para el otro: juramentos de niños que tienen más valor en Inglaterra que en ningún otro país, y que debían así realizarse. Para seguirme Roberto vino á Francia; y tanto por amor como por celos se decidió á la violencia que tuvisteis que echarle en cara.

—¿Estaba celoso de mí? exclamó el marqués.

—Estaba celoso de todo el mundo, respondió ruborizándose la viuda: conocía los peligros que me rodeaban en Francia. Yo era en efecto pobre, no tenía protección, y vivía á dos pasos de Versalles.

Todos aquellos lindos señores, me decía, que no quitarían un ochavo, robarían sin escrúpulo á una joven.... para perderla... Y decía verdad, añadió la hermosa viuda: vos mismo habeis pensado en ello, señor marqués, aunque estabais á punto de casaros con la señorita de Roca Aguda.

El tocador de violín bajó los ojos; después los alzó cual verdadero gentil-hombre del Ojo de Buey.

—¡Caramba! estabais tan linda, que no quería dejar á nadie la buena fortuna de haceros feliz.

—Esto es precisamente lo que yo temía, replicó la viuda; y Roberto instaba marchase con él, á fin de evitar aquellos peligros; pero para huir, para volver á Inglaterra y casarnos era preciso dinero. Roberto pretendía que le debían una considerable suma, y debíamos ponernos en camino en cuanto la hubiera cobrado. Seguía entre tanto todos vuestros pasos y espiaba todas vuestras acciones, y advertido precisamente de vuestra última entrevista con la actriz francesa que amabais, ó que no habíais amado, conocía exactamente todos los preparativos hechos por el señor de Roca Aguda para vuestro próximo matrimonio. Yo os encontré en vuestra casa, en donde venía á poner en seguridad los objetos que me habían confiado. Os volví á ver por último algunos días más tarde en Villiers, de donde Roberto y yo debíamos marcharnos para irnos á casar á Versalles; pero allí todo había cambiado: Roberto se había hecho culpable de un crimen que vos debíais, decían, castigar con su muerte. Fácil me fué reunirme con él, y aun hacerle salir del castillo. Cuando estuve enterada de lo que pasaba, le hice conocer que su falta me libertaba de mis juramentos. Su desesperación fué extrema: mejor quería morir que perderme, decía; y pues que era preciso renunciar á mí, quería volverse al castillo á entregarse á vos. Dejéme mover á compasión, porque le amaba. Había tenido la audacia de robaros el fatal retrato de la señorita de Roca Aguda; podía, pues, reparar su falta: ¿abéis que no ha dejado de hacerlo. Nos marchamos juntos, y me casé con él.

—De modo, replicó el marqués, que pobre y sin nada, habeis confiado vuestro porvenir á un hombre tan pobre como vos misma, y que impulsado por la necesidad podía cometer otra mala acción, pues que ya habia cometido una.

—No: yo pensaba tener bastante influencia con Roberto para preservarle de toda caída en lo sucesivo, y por mi parte acababa de tener una herencia que me permitía asegurarle una feliz existencia trabajando. Compramos esta cervecería, cuya muestra, especie de armas que hablan, ha debido atraer vuestra atención.

—*Moon's Stones!* dijo Villiers buscando en su memoria, como un hombre que trata de adivinar un enigma.

A pesar de su puritano pudor, la joven le cogió la mano.

—A pesar de la facilidad con que hablais nuestra lengua, le dijo, no conoceis todas las locuciones y modismos, ni sobre todo, las ideas particulares que se unen á ciertas locuciones. La luna es aquí la patrona de los enamorados, de los locos y de los ladrones: estos últimos la miran como un astro cambiante que frecuentemente no los protege sino á medias, que se burla de sus designios, les hace encontrar *chelines* en una bolsa que creían llena de guineas, y encontrar *stras* ó diamantes falsos en lugar de verdaderos brillantes. Llamen entonces á esto *Moon's Money* *Moon's Stones*. Fueron para Roberto verdaderos diamantes de la luna los que os robó, pues que yo le obligué á devolvéroslos.... ¡Ay! añadió la viuda; yo habia hecho de mi marido un hombre honrado: no he podido impedir que fuese un borracho.

Después de esta confesión, que Betzi no habia hecho por decirlo así sino forzada y obligada, la joven dejó caer

su linda cabeza sobre su pecho, y no se interrumpió mas el silencio.

El marqués de Villiers habia conservado el esquisito tacto, y la suprema conveniencia de los caballeros de la corte de Luis XVI. En una circunstancia grave sabia callarse mas bien que decir una vulgaridad. Se reservó, pues, hacer uso de esta confidencia, y emplear todo su talento en su conducta.

Era claro que mistriss Davidson sentia poco á un hombre que habia preferido la ginebra á una muger como ella. Mr. Villiers volvió á verla frecuentemente; y no dejó de hacerla notar que, siempre mas enamorado se hallaba libre, y que ya no tenia que luchar contra las preocupaciones de una sociedad que ya no existia: no era ya marqués, sino tocador de violin. Una cosa, sin embargo, le detenia, no habia hablado de su amor cuando era feliz, y cuando ocupaba en la sociedad una distinguida gerarquía. Las cosas habian mudado, y no se atrevia á manifestar deseos que podian parecer interesados.

La viuda del cervecero no respondió nada, sea que creyese de buen gusto el hacerse un poco de rogar y aguardar una petición mas formal, sea que prudente y enseñada por la desgracia temiese la pobreza de Mr. Villiers. Este se retiró á su zahurda, tanto mas enamorado cuanto estaba mas desanimado. De pronto sus miradas se fijaron en una vieja mochila, fiel compañera de sus campañas de América. Allí era donde encerraba la cautimplora del aguardiente, el pan del día, y las balas que enviaba entonces á los señores ingleses, ahora sus huéspedes. Una esperanza se apodera de él: las armas pintadas en la cervecería de Davidson traen á su memoria olvidadas circunstancias. Salta sobre su mochila; rompe las correas usadas que la cierran; hace pedazos las hebillas cubiertas de orin que sujetan las correas y hace caer sobre el suelo las reliquias americanas. Escudriña en todos los rincones; pregunta á los sitios mas ocultos, y entre dos lienzos del forro roído por la polilla encuentra el retrato de la difunta marquesa de Villiers, la señorita de Roca Aguda.... adornado con su cerco. Estremécese de alegría; salta, baila en su cuarto; coge despues el sombrero, y corre á casa de mistriss Davidson.

—Betzi, la dijo, tengo los *Moon's Stones*. La señorita de Roca Aguda tenia razon en decirme que era un talisman: tomad estos diamantes, Betzi, y con ellos á su feliz propietario.

Tomó la viuda los diamantes; los miró con atencion; y se los devolvió á Mr. Villiers.

—Estos no son *Moon's Stones*, le dijo, sino verdaderos brillantes. Tomadlos, caballero, y creed que si no he aceptado vuestras ofertas con prontitud no es ni por falta de reconocimiento, ni aun, añadió ruborizándose, por falta de amor, es porque no soy bastante rica para casarme con vos.

—¡Vos!

—Todos los vicios son costosos, pero tal vez la borrachera es el mas caro de todos ellos. El Porto, el Sherri, el Champagne, y sobre todo el Ginebra, han asesinado á Davidson, y le han arrastrado á tan grandes locuras que

ha muerto plagado de deudas: cuando todo lo haya pagado no me quedará nada.

No le fué difícil hacer comprender Mr. Villiers á la viuda que á él le tocaba reparar aquella inmerecida desgracia. Se vendió la cervecería; despues se pagaron las deudas del desgraciado Davidson, que no habia sabido ser ni un buen *high-waiman*, ni un temperante marido: despues se casaron. Los diamantes eran entonces muy buscados en Inglaterra: se vendió el cerco del retrato en ocho mil libras esterlinas, lo que hace un poco mas de ciento ochenta mil francos, que es una bonita suma.

—Yo no quiero ya ni fabricar ni vender cerveza, dijo la nueva Mad. Villiers.

—Y yo, respondió el marido, quiero siempre hacer lo que querais.

Existe á diez millas de Lóndres una aldea llamada Twickenham, que Bacon y Pope han habitado en otro tiempo, y que es notable por la belleza de su paisaje. El Támesis la riega y la embellece. El parque de Twickenham es uno de los mas hermosos alrededores de Lóndres. Allí fué donde se establecieron los dos esposos. Compraron una hacienda provista de hermosos establos, y de un corral con numerosas aves. Betzi cuidaba las vacas, y se ocupaba de las gallinas y los pavos. El ex-marqués cultivaba su jardín, y como tenia un caballo cazaba algunas veces las zorras con sus vecinos: era un *gentleman-farmer*. Fueron felices. Quince años mas tarde llegó la Restauracion.

—Yo os saludo, señora marquesa, dijo entonces monsieur Villiers á su muger: vamos de aqui á Versalles: el rey me hará devolver mis bienes, ó al menos tendré una indemnizacion, y os presentaré en la corte.

—Caballero, respondió Betzi: yo he sido ama de gobierno; yo he sido fabricante de cerveza; y yo no me he casado con vos para ser marquesa en Versalles sino vuestra muger en Inglaterra: Villiers es una mala morada para la felicidad. En cuanto á la indemnizacion no tenemos ninguna necesidad de ella, pues que nos basta nuestra fortuna, y somos felices. ¿Quereis que sea duradera nuestra felicidad? cultivad vuestro jardin.

Mad. de Villiers era ama de su casa. Su marido siguió su consejo, y le fué bien.

Ademas, la escena tuvo una cosa de mas interesante: los esposos estaban en el cuarto de dormir, en el que habia una cama, y le adornaba un gran Cristo colgado en la pared. Betzi era naturalmente muy religiosa: cuando hubo hecho oír el lenguaje de la razon, el marqués se arrojó en sus brazos, y con la mano estendida hacia el santo Cristo prometió solemnemente no pensar ni volver á Francia. El marqués y la marquesa de Villiers han muerto en 1849.... mas de octogenarios.

Esta interesante novelita contaba un dia Alberto, jóven elegante, á su amante Clara, sentados alegremente en el campo, contemplando la postura del sol en una hermosa tarde de primavera, despues de haberse jurado tiernamente un amor no menos puro y apasionado que el que habia sentido siempre por la bella Betzi el noble marqués de Villiers.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

FORVIN.

Los cuadros del conde de Forvin, diseminados hoy en los museos de provincia ó en los gabinetes de algunos particulares, son poco conocidos del público. Algunos, sin embargo, han obtenido en vida de este pintor, muerto en 1844, grande éxito y triunfo. Tan injusto sería un pronto olvido, como las alabanzas exageradas de algunos de sus amigos. Forvin toda su vida se había dedicado á un estudio asiduo, no como un aficionado que lisonjea la admiración de las gentes de mundo, sino como un artista animado de la pasión de lo hermoso. Por eso tiene que ser colocado al lado de Granet, aquel amigo de quien jamás se ha separado; amor raro é interesante, que no se desmintió en todo el curso de su vida, y que le favorece mucho.

Hállanse, aunque en un grado inferior, en el cuadro cuya copia presentamos hoy á nuestros lectores, algunas de las cualidades que han hecho la fama de Granet. Figuraba este cuadro entre otros nueve en la exposición de pinturas del año 1831. Este hermoso cuadro es un producto de la imaginación, y es rica y poética su composición; pero la perspectiva aérea es tan exacta, aquellas luces están tan bien ordenadas, los detalles son tan verdaderos, que es forzoso creer que aquella obra ha sido pintada en los mismos sitios y que es un verdadero retrato.

El conde de Forvin había viajado por Italia, y representado efectivamente una iglesia situada á la orilla del mar á algunas millas de Massa de Carrara, que se llama en el país Nuestra Señora de los Sarracenos. Las olas del mar la invadían ya en la época en que la vió el pintor, y tal vez desde aquel tiempo habrán avanzado mucho. No era raro que las embarcaciones viniesen á estrellarse contra sus muros impelidas por la violencia de algunas tempestades. Una escena semejante es la que forma el asunto de este cuadro, designado en el libretto del museo: *religiosos griegos dando socorro á unos naufragos*. Las figuras, bastante expresivas, tienen poca importancia en el conjunto de la pintura, notable sobre todo, por la gran destreza del pincel y por el poder del efecto.

Luis, Nicolás, Felipe, Augusto, conde de Forvin, nació en 1779, en la Roche-de-Authebon, en Provenza: su familia era una de las mas antiguas de aquella provincia. Estaba, como hermano menor, destinado á entrar en la orden de Malta, y recibió su cruz en la cuna. Su educación, comenzada en Aix, á la vista de sus padres, fué interrumpida por la revolución. En medio de las turbaciones violentas que agitaron el Mediodía de la Francia, muchas familias nobles de Provenza emigraron: algunas se detuvieron en Lion. El jóven Forvin se hallaba allí con la suya cuando se hallaba

sitiada la ciudad por el ejército republicano: vió perecer ante sus ojos á su padre y á su tío: dícese que combatió en persona; pero su corta edad hace dudar el hecho. Toda la fortuna de su familia quedó destruida. Mad. de Forvin se refugió con su hijo en Viena, en el Delfinado. En aquel hermoso país se desarrolló en el alma del artista el sentimiento pintoresco. En Aix ya había recibido lecciones de Constantino, pintor lléno de candor, que era maestro de Granet, y se había unido en íntima amistad con este último. Recorrió el Delfinado, el Lionés, el Beaujolais con el dibujante Boisseu, tan sencillo y tan diestro, y no encontró únicamente en él consejos, sino una asistencia de la que siempre habló con grande agradecimiento.

Pasáronse dos años así hasta el fin del reinado del terror. Levantaron el secuestro de los bienes de su familia, y Mad. Forvin fué á recoger los restos de su fortuna, mientras que su hijo, obligado para escapar de la proscripción que todavía pesaba contra él, tuvo que marchar con un batallón de voluntarios dirigido sobre Niza y sobre Tolon, y encontraba allí á Granet que pintaba popas de navío para ganar la vida.

No lo olvidó cuando se terminó la campaña. Habiendo obtenido el ir á París para completar su educación, demasiado contrariada por los sucesos, se vió durante mucho tiempo privado aun de lo mas necesario para que su amigo pudiese acompañarle y buscar en el arte donde proporcionarse los indispensables recursos.

Recibía entonces lecciones de Demarne, el pintor de animales: le dejó para entrar con Granet en el taller del célebre David, y allí trabajó hasta el momento en que la conscripción ó la quinta le arrebató todavía otra vez á la pintura: empero pronto fué devuelto á ella. Sebastiani, coronel de su regimiento, de guarnición en París, dejó al jóven soldado, casi inmediatamente nombrado sargento, la facilidad de pintar. Recibió al fin su licencia absoluta y prosiguió sus estudios. En 1799 había espuesto en el Louvre su primera obra.

Su nombre, su poder y talento hereditario de su familia, le hacían amable y simpático á todo el mundo. En 1799 se casó con la señorita de Dortais, hermosa y rica heredera de Borgoña. Poco tiempo despues hacia un viage á Italia, á donde siempre fiel, llevó á Granet.

Recibido desde entonces por los miembros de la familia de Bonaparte, fué, de vuelta á París, á poco de la coronación de Napoleón, nombrado gentil-hombre de la princesa de Borge, hermana del emperador; pero no tardó en volver á entrar en el servicio, cansado de las intrigas y de las envidias suscitadas contra él por el favor que le concedía la princesa. Hizo con distincion las guerras de Austria, Portugal y España; fué condecorado con la legión de honor, despues de una acción de guerra en que se le recomendó en la orden general del ejército. Era teniente coronel de caballería ya en la época de la paz de Schoenbrunn. En-

tonces dió su dimision y marchó para Roma: queria consagrarse todo entero al arte.

Jamás habia cesado de preocuparse de ello. En la guerra misma de España, habia recogido los asuntos de muchos de sus cuadros mas importantes. El que representa la exhumacion y la coronacion de Inés de Castro y el de la toma de Granada, que pintó para la reina de Nápoles, y que está aun allí, han merecido los mayores elogios. Trajo de Italia estudios y recuerdos que han producido otras muchas obras y obtenido felicísimo resultado, llenas todas de vivo sentimiento de las bellezas de estos paises.

Publicó en 1810 una novela bajo este título: *Carlos Basimore*. Aun cuando esta obra ha tenido cuatro ediciones, hoy no es leida. Han muerto sus personajes, que, á decir verdad, jamás han estado vivos: pero algunas de sus escenas están animadas con el estilo encantador del autor. Si no tenia talento de novelista, se reconoce en él al pintor de todos sus cuadros.

Volvió á París en 1814 y fué testigo de la caída del imperio. Vió despojados los salones del Louvre de las riquezas que allí habian acumulado las conquistas de Napoleon, y como artista, no sufrió menos que el director del Museo, Denon, que no podia desasirse de los tesoros que estaba encargado de conservar, y dió su dimision. Forvin debia declinar á su vez, cuando el rey Luis XVIII trató de nombrarle director del Museo, igual honor. Hizo mas aun: tomó tan á pechos el borrar los claros de la derrota, sustituyéndolos con otras obras maestras, que por su cuidado, por su actividad, la galería pintada por Rubens para María de Médicis, y la de Lessueur, que se hallaban en el Luxemburgo, fueron reunidas á los cuadros que componian el gabinete del rey. Las marinas de José Vernet se trajeron de Versalles con un gran número de obras notables de la escuela francesa: el Museo de los pequeños Agustinos suministró algunos buenos trozos de escultura del tiempo del renacimiento: por último, la galería de Borghese, comprada por el Estado, se incorporó tambien á ella.

El nuevo director del Museo trabajaba en proporcionar á los artistas algunos modelos que se habian perdido, reuniendo las copias en yeso de las obras de escultura mas famosas de los museos estrangeros. Habia obtenido del gran duque de Toscana una copia del Ajax de la galería de Florencia, diversas estatuas del rey de Nápoles, y formó así el núcleo de una coleccion que despues se ha aumentado muchísimo y debe aumentarse todavia.

No hay que olvidar que en la época de su administracion se ejecutaron en el Louvre todos los grandes trabajos por los arquitectos Pereier y Fontaine. El Museo de Angulema se abrió á los escultores modernos: los salones del Museo de Carlos X, á las antigüedades etruscas y egipcias: la coleccion del Museo de Luxemburgo, formada de obras de artistas vivos, data tambien desde esta época. Por último (y este rasgo honra el carácter del hombre), por su consejo compró el rey los cuadros de David, su maestro, desterrado, y á pesar de la oposicion de hombres poderosos, entonces llenos de resentimientos contra el pintor de la Convencion, hizo colocar en la galería de pinturas el *Robo de las sabinas* y *Leonidas en las Thermópilas*.

Sus funciones no le impedian el trabajar con ardor. El número de sus cuadros espuestos por él en las diversas

salas, dan testimonio de su fecundidad. Todos reproducen lugares y perspectivas que habia estudiado en sus viages: allí colocaba ordinariamente algunas escenas históricas ó imaginarias. Este es un punto de semejanza de sus obras con las de Granet, de quien recibió voluntariamente la influencia y los consejos. Empero en este maestro el interés se divide igualmente en sus asuntos sencillos y naturales, en los personajes y el sitio en que los presenta; de modo que frecuentemente es difícil clasificar rigorosamente sus producciones en re la pintura de género ó entre las vistas interiores, de perspectiva y de monumentos: no es lo mismo en los cuadros de Forvin; las figuras, á las que parece haber querido dar mayor importancia, no la tienen sino muy secundaria, y prueban la destreza con que han sido ejecutadas.

No contento con haber recorrido la Italia y la España, el conde de Forvin se habia prometido desde su juventud visitar las comarcas de Levante. Habia alimentado siempre este proyecto dejándolo para el porvenir cuando las dificultades se le presentaban con demasiada fuerza. En 1817 pudo emprender aquel viage, encargado por el rey de recoger todos los objetos artísticos que fuesen á propósito para enriquecer las colecciones del Louvre.

Marchó, pues, acompañado de su primo el abate Forvin-Janson, despues obispo de Nancy, y de otros muchos artistas, arquitectos ó dibujantes distinguidos; pero su amigo no era de aquel número. «¿Cuánto sentia que Granet no estuviese conmigo! exclamaba al recordar lo que habia sentido á la vista de la capilla del Santo Sepulcro. ¿Qué hermoso asunto de cuadro para él! ¿Con qué arte hubiera trazado aquellos maravillosos efectos, cuya magia y encanto poseia tan admirablemente!»

Visitó la Siria, la Grecia, el Egipto. ¿Qué decir despues de tanto viagero que ha descrito aquel país y sus monumentos, dando relaciones sabias ó poéticas; despues del *Itinerario de Chateaubriand* ó de la voluminosa obra del *Instituto de Egipto*? Tal es la cuestion que se propone al principio de la relacion de sus viages, publicados en 1818. Quedábale que recorrer de nuevo los mismos caminos para decir de ellos diferentes impresiones. La vista de los objetos produce sobre cada uno que los visita efectos inesperados, y el lector participa siempre, de buena gana, sus sensaciones, cuando se contentan con manifestar sencillamente lo que verdaderamente han sentido. El conde de Forvin ha sabido hablar con muchísimo mas interés que otros de Atenas, de Constantinopla, de Jerusalem, del Cairo. Lo mismo debemos decir de los *Recuerdos de la Sicilia*, descripcion de viages que publicó en 1823. En 1824 y 1825 publico todavia con Mr. Juienne una coleccion de vistas bajo este título: *Un mes en Venecia*. Añadiremos, para completar esta enumeracion de los títulos literarios del conde Forvin, que en su juventud habia escrito algunas piecitas para los teatros, entre otras, *Sterne ó el Viage sentimental*, en colaboracion con Reveil, el pintor lionés.

A fines de 1828 espermentó los primeros ataques del mal á que debia sucumbir. Debilitáronse sus facultades mentales; perdió la memoria. Un viage á Italia le restableció, pero por poco tiempo. Sin embargo, siempre pintaba haciéndose ilusiones sobre sus trabajos: retocaba y echaba á perder antiguos cuadros y los ponía en la exposicion. Habia sido nombrado Mr. Caillens como adjunto en

sus funciones de director del Museo, y le dejaba creer que todavía las ejercía. En fin, después de una mañana consagrada á la pintura, fué atacado de una parálisis que le privó de la vida algunos días después.

hacia mucho tiempo que no se daba sino á los artistas y á los sabios. Dijéronle que un hombre de calidad antes de la revolución no la había aceptado. Forvin respondió:

—Ante todo soy hijo de mis obras, y me honro con una



Nuestra Señora de los Sarracenos, cerca de Massa de Carrara: cuadro de Forvin.

Era miembro libre de la Academia de las Bellas artes desde 1816, y comendador de la legión de honor. En 1819 Luis XVIII le había conferido la orden de San Miguel que

distincion que me coloca al lado de tantos hombres de mérito.